

NOTA PARA LA HISTORIA DEL LADINO:
UNA TEORIA VOCÁLICA DESDEÑADA

PASCUAL PASCUAL RECUERO

A don Albert Adatto, que desde Bellevue observa atentamente la panorámica mundial de su entrañable dialecto.

Para agregar un dato menudo al tema del sefardismo, que tan creciente interés suscita hoy en numerosos países, queremos llamar la atención sobre una serie de palabras en ladino que nadie ha destacado durante los cuatro siglos transcurridos desde que fuera publicada. La noticia sobre su existencia era incluso ambigua, porque debieron ser muy contados los lectores que, en el largo tiempo que media desde entonces, necesitaron consultar las últimas páginas del libro que las contiene; por otra parte, quienes las conocían, se limitaron a mencionar el título del ejemplar y a ponderar las excelencias de su contenido sin destacar un aspecto del ladino que remite a las raíces del dialecto escrito.

Al efecto, es obligado sacar a colación el nombre de Mosé ben Baruk Almosnino (1518-1580), salonicense de la generación posterior al exilio de los judíos de España y Portugal, que representó un modelo acabado del saber judaico, de la tradición literaria castellano-aragonesa y de la ciencia clásica, y que supo incorporar el marco otomano de su residencia, junto con media docena de nombres más, a la corriente humanística que predominaba en Europa. Sin perjuicio de que viviese intensamente los importantes hechos histórico-políticos, alentaba sobre todo la inquietud de proporcionar

a sus correligionarios las bases para la supervivencia como judíos y como españoles, formados cultural y moralmente al nivel que convenía en una época tan agitada en las esferas del pensamiento y de la conducta, ocupando lugar destacado en su atención el cultivo de la lengua que los sefardíes llevaban en la masa de sus sentimientos, cuyas pautas escritas no habían sido fijadas todavía convenientemente.

Por razones de contemporaneidad, Moisés Almosnino fue testigo de los primeros pasos de la imprenta en Constantinopla y Salónica, que supo aprovechar para difundir sus obras en los idiomas en que fueron compuestas, es decir, unos cuantos opúsculos en hebreo, y otros en castellano o romance con tipos hebreos, generalizado ya entonces con el nombre de ladino.

Las dos primeras y únicas obras importantes que antes de Almosnino se habían publicado con esta modalidad de escritura fueron una versión bilingüe -hebreo y ladino- de los Salmos (1540) y una políglota -hebreo, judeogriego y ladino- del Pentateuco (1547), ambas en Constantinopla. La particularidad más ostensible de dichas traducciones estriba en que el dialecto castellano que contienen está expresado con caracteres hebreos cuadrados y vocalizados según la pauta masorética, para patentizar que se trataba de textos puramente bíblicos; pero con la diferencia de que, junto a cada moción equivalente a la respectiva vocal castellana, añadían la semivocal hebrea homogénea, que solía aparecer quiescente después del punto vocálico o de la consonante que le llevaba (1). En la versión judeoespañola del Pentateuco, sin embargo, el esquema semivocálico está aplicado sólo en parte, porque se pueden señalar múltiples vocablos en los que las sílabas están incompletas -sobre todo por omisión del álef quiescente-, alguna vez por error del cajista, otras por la inercia de componer hebreo sin tales añadidos, y las más porque, figurando ya los puntos vocálicos, parecía innecesario otro signo para confirmar la cima vocálica expresada con el punto correspondiente (2).

1. El primer vocabulario ladino impreso.

Cuando quedaba apuntado de modo tan solemne el principio del aljamiado impreso y esperábamos encontrarle subseguido al menos con la edición de los restantes libros bíblicos, a triple o a doble columna, las imprentas hebreas de Turquía abandonaron la línea de actividad emprendida, aparentemente por falta de demanda o de original (3); pero la causa más profunda del silencio que se cernió a continuación sobre la naciente literatura procedía de otra zona del sefardismo, de Italia precisamente, cuando las prensas de Ferrara, en 1553, lanzaron una Biblia traducida literalmente al idioma español de la época, que señalaría un rumbo más

acorde con la tradición bíblica judeoespañola y una contrariedad para el incipiente proyecto de Constantinopla. Por lo tanto, únicamente aquellos dos testimonios cabe señalar en los comienzos de la nueva modalidad literaria, que pudieron quedar como extraña muestra de un aljamiado castellano sin porvenir, de no ser porque en territorio otomano representaba a la sazón un serio compromiso imprimir libros en español, aunque sólo trataran de establecer el puente de entendimiento entre los antiguos y los recientes inmigrantes ibéricos, y debían éstos, en consecuencia, dar solución satisfactoria a la Sublime Puerta y a sí mismos.

En tales circunstancias, correspondería a Moisés Almosnino, desde su Salónica natal, casi cuatro lustros después de haber sido publicado el Pentateuco de Constantinopla, enlazar con la truncada iniciativa literaria y señalar nuevos derroteros a un quehacer que, a pesar de todo, tampoco sería el definitivo. La obra de Almosnino que marca un hito fundamental e inigualado en la literatura sefardí, se concreta en el volumen impreso por Yosef ben Yishaq ben Yosef Yaabés (Salónica 1564), bajo el título Regimiento de la Vida, que representaría mucho más que el discurso de higiene y moral aplicadas sugerido por los datos de su portada. Porque, si bien dicha obra simboliza la personalidad del autor, debe saberse más concretamente que a continuación de su texto, en hojas sucesivas, fue incluido un singular Tratado de los Sueños (ff. 139-162), escrito también por Almosnino, además de sus resúmenes en hebreo, introducción, prólogo y otras particularidades que no viene al caso destacar ahora; y por último un Vocabulario ladino-hebreo, que servirá de fundamento para las deducciones que nos permitiremos apuntar.

Para imprimir en aljamiado castellano, contaban Almosnino y Yaabés con el precedente de dicho Pentateuco; sin embargo, como para la edición de los dos nuevos títulos se emplearían tipos hebreos provenzales, que el vulgo denominaba rasíes, ligeramente distintos de los cuadrados clásicos, y desde luego sin puntuación masorética, obligó a los salonicenses a cuidar escrupulosamente su edición para que en modo alguno faltase ninguna semivocal de las cuatro con que cuenta el alefato, con sus valores establecidos en la escritura hebrea y adaptados en las ediciones de Constantinopla mencionadas. En este sentido, podemos afirmar que el Regimiento de la Vida y el Tratado de los Sueños están perfectamente editados, y son del todo comprensibles para el lector iniciado en el idioma castellano, siempre con el margen de dificultad para precisar los valores de /e-i/ que corresponden al yod vocálico, y los de /o-u/ del vav. Para subsanar esta dificultad (4), y sobre todo porque el léxico de ambas obras difería notablemente del generalizado en las traducciones bíblicas judeoespañolas, al verse obligado a emplear términos peculiares que, por modernistas o desconocidos,

podieran ser de difícil comprensión para el sefardí de cultura media, seleccionó del texto de aquéllas una serie de vocablos que necesitaban ser definidos, y que incluiría como anexo a la citada edición de 1564, bajo el título de Bē'ûr ha-mil·lôṭ ha-zārôṭ (lit. "explicación de las palabras extrañas").

Ocupa este vocabulario los seis folios finales del volumen, y contiene 515 fichas impresas con tipos hebreos cuadrados de tamaño mayor que los habituales en la obra, con el añadido en cada una de las mociones que permiten la correcta lectura que tenían en el castellano hablado por los sefardíes turcos de aquellas fechas. Dispuesto en cuatro columnas (5), debajo de cada vocablo incorpora su equivalencia o significación en hebreo, impresa con tipos provenzales sin vocalizar, cuya definición exige a veces más de una palabra. Aparte de dichos datos, sobre la estructura y particularidades del Bē'ûr cabe señalar:

1º Consta de quince apartados o grupos de palabras, de acuerdo con el número de grafemas hebreos iniciales de los mismos, faltando los núcleos correspondientes a las letras het, kaf, áyin, ṣade y tav, por infrecuentes aún en textos aljamiados, y de záyin y yod, por ser de fácil comprensión algún término que pudiera iniciar con ellas.

2º El orden alfabético se observa sólo en cuanto a la cabecera del vocablo respectivo, y sin precisión en las posteriores, como reflejo de la simplísima y vieja técnica de seguir el orden de aparición en la lectura.

3º En el número de entradas notamos que seis reúnen un par de vocablos cada una (ábil, dedikasiyón, ozura, xafena, xagrada, xinyo), y nueve están repetidas en lugares distintos (agente, eṭtenxo, koxtelasiyón, permanente, pésimo, propinka, xeveridad, variable, vehemensia) (6).

4º A pesar de los atentos y reiterados repasos que hemos dado a las obras de donde proceden, no encontramos utilizadas en ellas una veintena de palabras (atletax, inixtimable, konsorsio, etc.), cuyo significado es claro para nosotros (7), quizá substituidas por sinónimas menos modernistas.

Sobre las características externas indicadas, el mérito fundamental del vocabulario seleccionado por Moisés Almosnino consiste en haber sido el primero de carácter general, relativamente extenso y escogido, que se compuso con un fin concreto y perfectamente fijado en su vocalización (8), que permite en principio deducir un esquema completo sobre las pautas fonológicas y ortográficas del dialecto que conservaban los sefardíes medio siglo después del éxodo de España, de acuerdo con la teoría que Almosnino dejó planteada implícitamente y que nunca ha sido bien ni mal esquematizada.

2. Sistema de transliteración.

Desde el lejano período de las jarñas, los judíos españoles habían hallado relativamente fácil expresar el lenguaje castellano mediante grafemas hebreos, aunque con cierta imprecisión por causa de la sistemática fuga de vocales, que deberían ir superando con el paso de los años, de muchas décadas y aun de siglos. El primer paso, sin embargo, consistiría en fijar concretamente la equivalencia entre grafemas y sonidos consonánticos, que en el siglo XVI estaba lograda en cierto modo, según consta, por ejemplo, en el Pentateuco de Constantinopla, y con mayor fijeza en la edición salónica de las obras de Moisés Almosnino. Como son éstas las que interesa considerar más particularmente, en base sobre todo al Vocabulario citado, nuestras observaciones serán válidas en cuanto se refiere a los criterios de Almosnino y Yaabés, sin perjuicio de que en el cuerpo del Regimiento de la Vida y del Tratado de los Sueños se puedan señalar ejemplos más expresivos, y en textos anteriores o posteriores del mismo siglo existan iguales o distintas coincidencias. Así, pues, los diecisiete grafemas hebreos utilizados con valor consonántico en el Vocabulario, equivalentes en casi todos a los sonidos castellanos respectivos, ofrecen las siguientes particularidades:

álef, empleado como signo sin valor fónico, desempeña siempre la función capital en vocablos y sílabas acéfalos. Esta propiedad del álef, heredada del hebreo, destaca sobre manera en ladino el significado real o simbólico de su propio nombre ("jefe, primero, principio", o "primer elemento de la palabra"), porque, aparte de ser cabeza de sí mismo en sílabas que comienzan con a, es incorporado en la escritura como quiescente en toda sílaba con cima /a/, y delante de las cuatro vocales restantes para que puedan ser leídas sin incurrir en equivocaciones de otro modo insuperables. El hecho justifica la profusión con que aparece en ladino, por entenderse —como en hebreo— que no existe sílaba inversa ni moción sin un incremento (coda, acento o alargamiento); concretamente en el Bē'ûr, las palabras que comienzan con álef ocupan una tercera parte de las fichas (9).

bet (b), grafema único para expresar indistintamente los sonidos bilabiales sonoros oclusivo y fricativo, v. gr.:

brigax, insoluble, xobalternado
abxurdox, observansia, konsebto

Además, se le encuentra en muchos vocablos transcritos más de acuerdo con la pronunciación vulgar que con su puro reflejo etimológico:

benerablex, digixtiba, diribasión

Y en algunos vacila entre el grafema que corresponde al mismo sonido o vocablo:

behemensia, vehemensia

gímel simple (g) representa el sonido de la velar oclusiva sonora:

ganado, galyardo; vigor, xingular

Con rafé o rayuela encima (ḡ) refleja los valores fricativos de /ç/, /ʝ/, /ʒ/:

ḡénérikax, ḡosa, ḡokosa
viḡilansia, oriḡin, luḡuria, liḡongero

dálet (d) es utilizado para representar indistintamente los valores dental oclusivo sonoro e interdental fricativo sonoro:

dekoro, dibilita, deputadax
virtud, trankilidad, prodegalidad

he (h) consonántico, más o menos acorde con la significación etimológica que tiene en los vocablos correspondientes, aparece en hedyotax (10) y vehemensia. Los textos, sin embargo, ofrecen ejemplos de palabras usuales o en desuso que no han sido catalogadas:

heḡizero, hiḡo, hervor, hek, halyar
haliento, hedad

En los demás casos que exigen en español este grafema, siempre es omitido en honor al criterio fonético característico del ladino:

orizonte, eroyko, umorex
proibido, exalasién, Perierminax

vav (v) aparece con relativa frecuencia reflejando el valor consonántico de labiodental fricativa sonora, en principio o en medio de dicción:

velosidad, verbo, violensia
advertensia, endividox, perversox

záyin (z) sólo empleado en posición medial, siempre como alveolar fricativo sonoro:

bazix, fízikox, ozura, pozilánimo

tet (t), inconfundible y único signo para representar el sonido dental oclusivo sordo:

tímido, trasa, teórico
utilidad, perpetua, intenso

yod (y), en ninguno de los vocablos seleccionados se encuentra como inicial de palabra (11), y en los demás tiene un relativo valor consonántico en cabeza de algún diptongo solucionado con los conjuntos /ye/, /yo/:

inyverno, sofisyentes; expikulasyón

Con cierta función de coda le encontramos formando parte del diptongo /oy/; y como auxiliar de lámed y de nun en las situaciones que señalaremos a continuación.

lámed (l), preceptivo para reflejar el sonido alveolar lateral sonoro, cualquiera que sea la posición que ocupe en el vocablo:

likor, luminariox, labroterax
sélika, vasilando, reкупila
legal, frágil, difisil

También coopera, con el yod añadido, a la pronunciación del palatal homogéneo en el modo de articulación /ll/, equivalente a veces a cabeza de diptongo:

galyardo, familyar, alyentox

mem (m), signo único e inconfundible para significar el sonido castellano bilabial nasal sonoro en cabecera de sílaba:

mandrágora, minutox; denomina, extimaba

Cerrando sílaba medial, aparece esporádicamente en los términos latinizantes kumbre y redemisión; y en final de palabra -con la forma alargada usual en hebreo-, sólo en la latina in eternum.

nun (n) refleja invariablemente el sonido alveolar nasal sonoro, cualquiera que sea su lugar en la palabra:

néfanda, nunsio, niteral
inesante, transitoria, triángulo
asolución, reiteran, konfisión

En contraste con la pauta que se normalizaría después en la lengua española, de convertir la /n/ en /m/ delante de /b/ y /p/, el Vocabulario conserva el antiguo uso en todos los casos:

preánbulox, anbisiozo (excepto kumbre)
tenplansa, konpeten, epinado, inportuno

Por otra parte, seguido de yod, insinúa el sonido palatal sonoro expresado por la /ñ/, a veces cabeza de diptongo:

punyendo, eronya, expontanyo

sámek (s), signo de silbante representativo del sonido alveolar fricativo sordo, con vacilaciones hacia la sonoridad del mismo punto y modo de articulación (z), o hacia la palatalización (ś):

sinsera, silencio, sensia, vasilando
entresisión, propozisionex, serkonstansiax

Además, suele caracterizar al resultado de la asimilación de los dos sonidos alveolares fricativos (sz) en contacto:

asendente, disirnir, irasible

Y la absorción de la fricativa sonora que le precede, en asolución.

pe simple (p) representa el sonido bilabial oclusivo sordo:

poeta, plurar; proporsión, preplego

Con rafé o rayuela (\bar{p}) expresa su transformación en labiodental fricativa sorda (f) (12):

fado, futuro; difunto, infamex, ofisioza

qof (k), siempre único para expresar el sonido velar oclusivo sordo:

kalkulado, komunikado, kietud, krónikax
adkerir, akto, delektasión, perpektua

res (r) sencillo siempre en su valor alveolar, sin tener en cuenta las situaciones o funciones de fricativa sorda o de vibrante sonora (porque en ladino, como en hebreo, no admite dagés o punto duplicador):

forextikox, prólogo, ponderar, armonía,
arogante, korutiblex, narado, enterogasión

sin, probablemente es el grafema consonántico más usado en el Vocabulario, que transliteramos mediante /x/, signo de palatal fricativo sordo, para evitar incurrir en mayor desconcierto del que existe respecto a la representación de las silbantes durante varios siglos del ladino. En principio, todos los nombres con sus adjetivos y determinantes, le presentan como distintivo de pluralidad (incluso algunos no plurales: efikax):

primisax, vaporex, minutox
matemátikax, modernox, odoríferax

Por otro lado, acapara casi absolutamente la representación de las silbantes en sus múltiples funciones matizadas:

axixtentex, xeloğismo, minixtrox

Finalmente, el sin con rafé, distintivo normal del šîn hebreo, aparece solamente en dos vocablos (13):

viḫasión, fiḫasión

Aunque se trata de un esquema consonántico logrado con escasos elementos gráficos, incompleto y defectuoso en parte, debemos reconocerle como válido para escribir el aljamiado castellano-ladino, cuyas modificaciones o perfeccionamiento llegarían mucho tiempo después en cuanto a los grafemas con significado múltiple o vacilantes en su aplicación, que no es ahora momento de analizar. Sin embargo y para destacar algunos rasgos de su madurez, ha de notarse que varias decenas de palabras del Bē'ūr ofrecen en su retranscripción una forma idéntica a la que tienen en español:

orador, rudo, amor paterno, adversa fortuna

3. Completa teoría vocálica.

Entre los múltiples motivos por los que Moisés Almosnino debe ser considerado como una de las figuras cumbres del sefardismo, ha de adjudicársele el de haber sido promotor de una verdadera literatura en ladino, al margen de las traducciones bíblicas, y quien señaló una estructura del dialecto escrito para expresar toda clase de conceptos y desarrollar cuantos temas concibiese el ingenio de los judíos españoles dispersos. El fondo del Regimiento de la Vida y del Tratado de los Sueños, las dos únicas obras suyas impresas que tomamos como referencia (14), y el modo como fueron escritas confirman la posibilidad de una literatura original que, a causa de muchos condicionantes históricos internos y externos, carecería de seguidores. Si se quiere, los elementos para la escritura en ladino le venían dados desde la época masorética, o al menos desde el ejemplo próximo del Pentateuco de Constantinopla; pero a él corresponde la iniciativa de su exacto amoldamiento a las necesidades del aljamiado castellano.

El quid de la cuestión debe ser indagado en la singularidad de la escritura hebrea —de que participan las demás semíticas—, al ofrecerse sin vocales propiamente dichas, insinuadas en los signos mocionales que se añaden a los textos bíblicos o para la enseñanza de la lengua. Como ya hemos señalado, la versión en ladino impreso de aquel Pentateuco incorporó el sistema masorético tradicional con no pocas deficiencias, que Moisés Almosnino intentaría superar por la razón fundamental de que, tratándose de temas marginados inicialmente de la Biblia, debería prescindir de los puntos vocálicos característicos e ingeniar simultáneamente, o perfeccionar, un sistema adecuado en lo posible a las necesidades del lenguaje castellano. A este propósito responde, por un lado, la scriptio plena y absoluta —salvo las erratas y omisiones inevitables— que ostenta la edición de sus dos obras citadas, las primeras que se publicaron en ladino con dichas características; y por otro, el añadido del Vocabulario de "palabras extrañas", cuya puntuación permite deducir la teoría vocálica que aplicó en sus escritos y la clave para leer en castellano con recursos sencillos y muy conocidos, pero fundamentados en reglas rigurosas que el autor pone en evidencia mediante un punto o una rayita de más o de menos debajo de un grafema determinado. Todos los signos de su escritura, por lo tanto, respondían a un equilibrio fonológico anticipado en las lenguas clásicas, con cuya armonía trató Almosnino de imprimir solidez científica al dialecto y brindar una explicación del ladino sin vocales, cuyo fondo trataremos de indagar con la simplicidad que sea posible.

Como es sabido, de todos los signos empleados en la escritura hebrea bíblica al margen de los veintidós grafemas consonánticos, unos funcionan como vocales, otros como diacríticos, y los demás como acentos. Respecto a los primeros, dejamos ya especificados los diecisiete que utilizó Almosnino; de los restantes, sólo empleó el rafé de fricación, y la gama de puntos vocálicos cuyas características conviene detallar. En principio, debe tenerse en cuenta que, para expresar el lenguaje ladino del siglo XVI, fue suficiente con recoger una tercera parte aproximada de las mociones utilizadas en el hebreo bíblico; es decir, se trata del mismo esquema vocálico, pero reducido hasta el mínimo de las necesidades del castellano, omitiendo por cierto toda indicación referida al acento propiamente dicho. Sin adentrarnos en razonamientos sobre las mociones excluidas, indicaremos solamente las que ofrece, con el significado que cada una tiene.

šewá, debajo de cualquier grafema -excepto álef y he semivocales-, indica la ausencia de toda vocal. Al igual que en hebreo, es usado en la primera consonante de cabeza silábica doble (šewá móvil) o en la coda de sílaba trabada (šewá quiescente) (15), menos en la que cierra la palabra escrita (16):

klementex, rekonsentradox, prexpektiba
 $\begin{array}{ccccccc} \bar{a} & \bar{b} & \bar{c} & \bar{b} & \bar{b}\bar{a} & \bar{c} & \bar{a} & \bar{b} & \bar{b} \end{array}$

pátaḥ debajo de álef en sílaba inicial /ʔa/, y seguido de álef cuando actúa como cima silábica con las demás consonantes /aʔ/:

ʔábil, ʔadursa; faʔkto, exkaʔbrozo, vaʔporex

Es característica de los plurales femeninos y de vocablos que acaban con /a/ en singular -con excepción de los terminados en /ia/ y /ua/-, seguida, naturalmente, de sin:

odoriferaʔx, intrinsikaʔx; ipokritaʔx, problemaʔx

qámes debajo del álef inicial de sílaba /ʔā/:

ʔákto, ʔásolusión; varřālex, miridiʔāno

También funciona como cima vocálica en sílaba libre o trabada, seguido siempre de álef /āʔ/:

dāʔrdo, enflāʔmāʔsión, kontraʔxtāʔr

Y en todos los casos de femenino singular, seguida de he en sílaba libre final de vocablo /ʔā, ā/ (17):

arduʔā, modextiʔā; dextintā, ofisiozā

Por lo demás, es característica derivativa de ciertos grupos de substantivos que más adelante señalaremos, y distintivo de la vocal temática de verbos de la primera conjugación:

selebrāʔr, ponderāʔr; partisipāʔnte, nāʔrāʔo

seré-yod, aunque originalmente tiene valor vocálico muy distinto, en ladino empieza a ser utilizado para expresar el sonido de /e/, precedido de álef en sílaba acéfala:

’efikax, ’esensia; ki’etud, po’eta, ado’eǔto

Y como cima silábica en cualquier situación que se encuentre en el vocablo (18):

sentro, pésimo; prudensia; kumbre, iklipse, móBILE

segol-yod aparece como cima vocálica en cualquier situación /ē/, precedido de álef en sílaba acéfala:

’öksǔrsito, ’étérno; béhémensia, indēpendente

Al convertirse en plurales, los vocablos terminados en seré-yod del grupo anterior, transforman éste automáticamente en su correspondiente breve segol-yod y añaden el sin característico de pluralidad:

moralǔx, korutiblǔx, ’eǔtiriorǔx

híreq-yod, prescindiendo de la función que desempeña en hebreo, sirve para expresar la /i/ sin matizaciones -en sílaba acéfala, precedido lógicamente de álef-:

’individa, resure’isión, ’in’iǔponable
lusidísimo, disirnr, filisidad

vav-hólem indica la vocal o, precedido de álef en sílaba acéfala, y como cima vocálica en los demás casos:

’opone, ’omisidi’o, ’osi’ozidad, xu’ontu’ozax
prólogo, kómodox, koroborar, perǔguro

vav-súreq, distintivo único que reproduce la vocal /u/ (19), aunque como es habitual en las demás, precedido de álef en sílabas acéfalas:

’umorex, ka’utar, di’urno, E’uxtrasio
dixulutos, xupuzisión, luǔguria

En la síntesis vocálica establecida por Moisés Almosnino debe observarse que, si bien adoptó una parte de los signos hebraicos, les asignó valores diferentes de los que tenían en su origen, y aun disparatados en algún caso frente a las pautas hebreas, que ni siquiera intentaremos contrastar, por la imposibilidad de llegar al acuerdo más allá, quizá, de la similitud en el distintivo de los femeninos singulares y equivalentes, y en la abreviación de las vocales /a/ y /e/ de los singulares al convertirse en plurales. En cuanto a los demás signos, es inalcanzable su readaptación al modelo de la cronometría y de la estructura hebreas -sin tener en cuenta los varios usos de las mociones con vav y yod de prolongación, en castellano-ladino incomprensibles-, y desatinado imaginar que híreq-yod, vav-hólem y vav-súreq pudieran tener valor indistinto de /i-o-u/ largos o breves, respectivamente, cuando en hebreo existen mociones particula-

res para indicar la longitud de dichos sonidos, condicionados además por las características de la sílaba -libre o trabada- que los contiene. Es claro, pues, que Almosnino recogió para sus necesidades expositivas unas determinadas mociones hebreas, que equiparó a los valores vocálicos castellanos, señalando leves matizaciones en el qámeş como /ā/ larga y en el segol-yod como /ě/ breve, que sólo en parte guardan semejanza con las pautas latinas, porque la lengua castellana no hacía semejante distinción en la /a/ ni en la /e/, ni la pronunciación española tendrá después en cuenta la cantidad de cada vocal a efectos prácticos.

4. Soluciones al concurso de vocales.

En los puntos precedentes, al señalar el procedimiento adoptado por nuestro autor para expresar las sílabas inversas o acéfalas, hicimos notar que suplía con álef la falta de grafema consonántico en cabeza de sílaba, de acuerdo con las pautas de la lengua hebrea. Al mismo tiempo, observábamos que en el Bĕ'ûr abundan las sílabas afectadas por dicha condición, sobre todo en medio de palabra, separando formalmente la pronunciación de la segunda vocal de dos consecutivas en el mismo vocablo.

A primera vista y en líneas generales, tal fue el procedimiento que el autor, compendiando la corta tradición de este aljamiado, consideró razonable para transcribir dos vocales seguidas, es decir, conservando la primera como cima de la sílaba precedente y convirtiendo a la segunda -mediante álef ortográfico- en cima de la sílaba inmediata posterior. Se trata de una propuesta de transcripción que el ladino no ha podido superar todavía satisfactoriamente, en la que falla de plano la directriz fundamental de su aljamiado, que consiste teóricamente en transcribir los grafemas castellano-ladinos uno a uno, y no los fonemas desglosados, en este caso los vocálicos. La solución, como dejamos apuntado, obligó a incrementar en la escritura el número de alpín y, por lo tanto, a convertir en tres grafemas semivocálicos los correspondientes a dos sonidos vocálicos, abocando a la desaparición gráfica de muchos diptongos castellanos que se intentaban reflejar con tipos hebreos. Los fonemas, desde luego, quedaban señalados de modo conveniente, pero a cambio de incurrir en diéresis y hiatos reales o ficticios, de ningún modo evitables.

No obstante la tendencia en principio observada, hasta cierto punto admisible para formular los hiatos (epike'a, geometrí'a, extí'o, pre'ánbulox), en el Vocabulario se sorprenden procedimientos diversos para reflejar la cima silábica doble:

A) Con dos elementos semivocálicos exclusivamente consiguió expresar los diptongos:

/ia/ creciente anterior en medio de palabra, solucionado mediante híreq-yod y álef con qámes (20):

miridi'āno, vari'āblex, insasi'āble
Después de lamed o nun presenta la forma yā:
familyā'r, linyā'x

/ua/ creciente posterior en la misma situación, expresado mediante vav-súreq y álef con qámes:
xensu'āilidad, expritu'āl

/ai/ decreciente anterior, sin ejemplos en el Bē'ūr, en los textos que le originaron se sobrentiende representado con la segunda vocal convertida en yod šewado, haciendo las veces de falsa coda, quiescente en final de dicción (21): kaygo, ay.

/oi/ decreciente anterior, logrado con vav-ħolem y transformando la cerrada átona en yod con šewā, lo mismo que en el anterior (22):

eroyko, koyto

/ou/ decreciente posterior, del que Almosnino no recoge ningún ejemplo en estas obras; sin embargo, en el manuscrito de las Crónicas Otomanas encontramos algunas palabras con cima solucionada como era costumbre en los primeros tiempos del idioma: kobdisia (-sya, -siar), y obtuno, con cuya /b/ encontraba Juan de Valdés que "los vocablos están más llenos y mejores".

B) Tres elementos semivocálicos presentan los mismos dos dichos diptongos crecientes /ia/ y /ua/ en final de dicción, por causa del he añadido que marca su condición de femeninos, derivados de nombres y adjetivos latinos, respectivamente (23):

dixtansi'ā, molexti'ā; konkordi'ā, xuprefisi'ā

Cuando pasan a ser plurales, substituyen simplemente el he por sin y la última sílaba de los mismos presenta la forma diptongal que tienen en medio de dicción, sin abreviar el qámes:

serkonstansi'āx, ikġarsi'āx

C) También se ofrecen con tres elementos semivocálicos todos los diptongos solucionados mediante la inclusión de álef intermedio, a saber:

/ue/ creciente posterior, sin muestras en el Vocabulario, se prodigan en el Regimiento de la Vida y el Tratado de

los Sueños, probablemente vocalizando /ě/ en sílabas trabadas:

dezinu'ěbe; gü'ěrto, nu'ětro, asu'ělto

/uo/ creciente posterior, se presenta con álef entre ambos vavim:

defektu'ozo, xu'ontu'ozax; vaku'o, xuperflu'o

/ei/ creciente anterior, con álef entre los dos yodim, como resure'isión

Quedan fuera los vocablos compuestos con prefijo, porque cada vocal corresponde a elementos distintos:

re'iteran

/eu/ decreciente posterior, aparece únicamente en un nombre propio griego, al que dio esta solución: E'uxtrasio

/iu/ homogéneo, con un solo ejemplo: di'urno.

/ui/ homogéneo muy frecuente, solucionado también con este elemento tercero y disgregador:

fortu'itox, extribu'itiba, influ'ido

D) Soluciones alternativas del mismo diptongo, en las que cuenta alguna de las anteriores entre otras exclusivas, se ofrecen en los siguientes:

/ie/ creciente anterior, sin ejemplos en final de dicción, se presenta de dos modos en otros casos: Unas veces aparece con álef intermedio, vocalizado con seré en sílaba libre y con segol ('ě) en sílaba trabada (24):

ki'etud; xi'ěntífika, eng'iri'ěndo

Pero más frecuente es presentarse la consonante cabecera de sílaba medial convertida en coda de la anterior -o en cabeza doble cuando es inicial de palabra (byenex)-, colocando šewá en la misma; de este modo, el primer yod se transforma en consonante, originando el grupo /ye/:

abyexo, efisyente, entendimyento, invyerno

/io/ también creciente anterior, de muy frecuente empleo en situaciones medial y final de dicción, es solucionado normalmente con diéresis, es decir, intercalando álef:

intiri'orex, anbisi'ozo, osi'ozidad, luminari'ox
infortuni'o, xuplisi'o, premi'o, vituperi'o

Seguido de nun, constituye la terminación característica de los nombres de acción estática más usuales en ladino, para los que Almosnino ofreció tres soluciones:

Por un lado, la ya apuntada con álef intermedio:
moderasi'ón, porpuzisi'ón, opini'ón, opuzisi'onex

De otra parte, las dos primeras palabras del Vocabulario original, que ostentan este diptongo, aparecen escritas por el procedimiento señalado en /ie/, es decir, tomando šewá la consonante cabecera del diptongo y convirtiendo al yod en consonante del grupo -syon (25):

amonextasyón, expikulasyón

Una tercera solución gráfica más extraña del mismo diptongo figura en otros dos vocablos aislados, como resultado al parecer de conservar el híreq de la primera solución y reduplicar el yod de la precedente -mediante una especie de yod enfático, en lugar de álef-, leyéndose -asiyón:

expirasiyón, dedikasiyón (26)

/au/ decreciente posterior, cuando aparece iniciando palabra, intercala un segundo álef:

a'usión, a'umento, a'utono, dexa'utorizamento

En función de cima silábica propia, ofrece situaciones ambiguas, por cuanto el álef no está duplicado -como aparece en el hiato /aí/-, y hace doble oficio, seguido de vav-súreq:

defraūdar, metāūrox, pāūpérimox, kāūtar

Esta situación aboca a lecturas que convierten la ū en /v/ o /b/, como encontramos en las obras originantes del Vocabulario:

kavsa, kavtela

abto, kabzo, kabdal, restabراسión

O incluso a la reducción del diptongo, como en desotorizamiento.

Con cierta fijeza en unos y no pocas vacilaciones en otros, Moisés Almosnino aportó la solución más aproximada posible para escribir los diptongos, válida para textos vocalizados según las directrices deducidas del Bē'ūr; sin embargo, las obras sin mociones y otras vocalizadas que aparecerían posteriormente en ladino dan materia para más larga conversación. Cierta que solamente en esta modalidad del castellano escrito se pueden concebir semejantes libertades ortográficas y tan irregulares adaptaciones fonológicas; pero el Vocabulario nos le muestra en disposición para una lectura viva, con los arrequives cultos que su autor consideró idoneos para proporcionar solidez científica al judeoespañol escrito. Los rasgos deducidos en cuanto a la matización vocálica patentizan el nivel que Almosnino alcanzó en el conocimiento de las lenguas hebrea y castellana -y buena parte de la latina intermedia-, a la vez que en las respectivas técnicas estructurales, de manera que, tomando los signos de una que empleaba las vocales de acuerdo con

la composición de las sílabas; escribiendo en un lenguaje que sólo tenía en cuenta la intensidad; y aplicando hasta cierto punto las reglas de la cantidad vocálica característica del latín, trató de establecer la armonía entre tres elementos o aportaciones dispares y una teoría vocálica del dialecto jamás aplicada literalmente en el futuro.

5. Constantes morfológicas.

El especial atractivo que los siglos prestan al Bē'úr de Moisés Almosnino, sus peculiaridades editoriales y el particularísimo criterio aplicado en la selección, sugieren la conveniencia de destacar, aunque sólo sea superficialmente, los rasgos morfológicos comunes a varios núcleos de fichas, su evidente o posible origen idiomático, los términos especializados predominantes y la justificación de algunos muy concretos, cuyo conjunto puede servir para definir la normativa que en su tiempo y medio cultural condicionaba la confección de un índice de palabras del tipo que tenemos a la vista.

A) En primer lugar, debe notarse que los vocablos han sido recogidos con las características morfológicas que ostentan en el texto de procedencia, es decir, sin eliminar o variar los distintivos accidentales del nombre o del verbo, sin cambiar su estructura de simple o compuesto, ni especificar por cierto el lugar de la edición en que pueden ser contrastados. Por tanto, junto a los ejemplos en que aquéllos están enunciados con el singular del masculino, y los verbos en infinitivo, como se ha generalizado en los lexicones modernos, es casi normal que aparezcan con formas flexionadas (femeninos y plurales; modos, tiempos y personas verbales), de acuerdo con las suficientes muestras que encontramos:

a) Nombres:

árbítro, xelebro, extílo, veneno
arte, entiliġensia, kietud
endívidox, ententox, vaporex
planetax, dimensíonex, enprínsionex

b) Adjetivos:

efikax, inorme, xólito, ilísito
inepta, dextinta, xublimada, eġpilida
dixulutox, infamex, abxurdox, koliġídox
deputadax, odoríferax, anegax
familiar, felise, iluxtre, kapás
onibersalex, eġtíriorex, unánimex

c) Verbos:

aprobar, envixtigar, perverter, disirñir
vasilando, tetubeando, destingendo
komunikado, konsevido, introduto
denomina, rekupila, dixpone
ebitan, konpeten, reiteran

B) Aparte de las seis fichas mencionadas en el punto 1, 3º, que engloban a dos vocablos de la misma familia léxica o con variantes en su lectura, debemos apuntar tres tipos de entradas enunciadas con dos elementos:

a) Una docena de ellas recogen las dos palabras que definen un concepto:

<u>adversa fortuna</u>	<u>kantidad dexkreta</u>
<u>akto venerio</u>	<u>kantidad kontinua</u>
<u>amor paterno</u>	<u>omido radikal</u>
<u>amor pekunario</u>	<u>penetrasión de dimensionex</u>
<u>auxtera vida</u>	<u>virtud atraktiba</u>
<u>endivido rasyonal</u>	<u>xelexte enfluḡo</u>

b) Un pequeño grupo de vocablos, generalmente de origen grecolatino, aparecen con sus dos componentes separados por espacio blanco:

<u>de fraudar</u>	<u>leḡex lator</u>
<u>ḡurex konxultox</u>	<u>meteoro lḡḡikax</u>
<u>iki voko</u>	<u>mikro koxmo</u>
<u>ira kundia</u>	<u>Xento lokio</u>

c) Como ejemplo seguido en los textos contemporáneos para escribir los adverbios de modo, tiempo y afirmación terminados en -mente, coloca este vocablo a continuación del adjetivo femenino correspondiente:

<u>anpla mente</u>	<u>xusinta mente</u>
<u>privatiba mente</u>	

C) Entre los substantivos frecuentes por el sufijo derivativo común, que el autor consideraba "extraños" por su lexema -no precisamente por la sufijación-, debemos destacar los terminados del modo siguiente:

-i'ón, -syón: peculiar de los nombres de acción estática en ladino y castellano, procedentes de verbos de las tres conjugaciones:

imaḡinasi'ón, adulasi'ón, kontensi'ón, divizi'ón

-dād: característico de substantivos abstractos derivados de adjetivos que denotan calidad -como los latinos terminados en -tās -, transformados en -idād cuando constan de más de tres sílabas:

afabilidad, filisidād, prodegalidād, xeveridād

Con la excepción de severedād (27).

-i'ā, con /i/ átona y he final: es el mismo diptongo creciente anterior con forma del femenino singular hebreo, en nombre derivados del latín:

luğuri'ā, transitori'ā, xuprefisi'ā

-ānsi'ā: en relación con los del grupo anterior, se presenta en substantivos derivados de verbos de la 1ª conjugación; adopta la forma -ensi'ā en derivados de adjetivos o participios de la 2ª y la 3ª:

observānsi'ā, tolerānsi'ā, viğilānsi'ā
kontenensi'ā, potēnsi'ā, egixtēnsi'ā
entiligēnsi'ā, prudēnsi'ā, violēnsi'ā

-ānsā: definitorio de nombres de acción estática derivados de verbos de la 1ª conjugación, equivalentes a los latinos terminados en -āntia:

(dex)tenplānsā, perseberānsā

-í'ā, con /i/ tónica, distintivo de substantivos de origen grecolatino derivados de adjetivos de cualidad o perfección, presentados con su exacta lectura de hiato:

eotrapelí'ā, epilēnsi'ā, filotimí'ā, teologí'ā

-mento: ostentado por nombres derivados de verbos en infinitivo, mediante el que expresan el resultado de la acción:

dexautorizāmento, pedrikāmento

D) Los sufijos más frecuentes de adjetivos pueden ser compendiados en dos grupos, según el tipo de flexión que admiten:

a) Con morfema común para ambos géneros, que forman el plural añadiendo sin y abreviando su vocal en segol /ě/:

-ble, con sentido activo y pasivo, para expresar capacidad o aptitud, suele aparecer con las formas españolas en -āble, cuando proceden de verbos de la 1ª conjugación, e -ible, de verbos de la 2ª y 3ª:

abomināble, inmutāble; benerāblēx, variāblēx
invenible, inkonpusible; korutiblēx

También recoge algunos adjetivos de este tipo con sus genuinas formas latinas:

inefābile, extābile, mōbile

-nte: distintivo de participios de presente de verbos de las tres conjugaciones, que a veces, después de caracterizar a los adjetivos correspondientes, pasan a ser substantivos:

inesānte, permanente, delinkente
agentēx, axixtentēx, antesedentēx

De pura ascendencia latina son, entre otros, efisyente, arogante, elokente; elegantēx, sofisyentēx.

b) Adjetivos que aparecen con formas de flexión completas, presentando el femenino singular con gá-mes-he normal /ā/, y su plural con pátaĥ-álef-sin /a'x):

-ozo: indica la abundancia en alto grado:

exkrupulozo, exkabrozo, defektuozo; religioxox
ofisiozā, kontaġiozā, mendozā; xuontuozax

-iko, con /i/ átona: significativo de adjetivos derivados de sustantivos -novedosos entonces por su origen culto-, que expresan la condición o cualidad naturales establecidas en los mismos:

melankóliko, axtrolúġiko, fízikox, eġtrínsikox
flemátikā, sofíxtikā, expisífikax, ġenéríkax

-ibo: característico de adjetivos con significación activa, originados de verbos de la 1ª y 3ª conjugaciones:

insiatibo, reperkutibox, komutatibā, pozitibā

La terminación femenina distingue también a sustantivos que expresan el resultado de una acción:

extimatibā, prexpektibā, retintibā

c) Entre los adjetivos debe señalarse la presencia de fichas expresadas mediante superlativos absolutos con sus dos formas:

lucidísimo, fakundísimā, propísimā
xelebérimo, paupérimox

E) Por último, procede contemplar dicho texto desde la perspectiva etimológica de los términos seleccionados, que justifica sobradamente el título que ostenta. En este sentido, cabe afirmar que ningún vocablo es ocioso, aunque gran parte de ellos gozasen ya entonces de carta de naturaleza en el léxico español o la confirmase poco después, para no sernos hoy todos peregrinos. Por lo tanto, observamos que un altísimo porcentaje de términos es de origen castellano-latino inmediato (28), con las excepciones siguientes:

a) Puramente latinos, incluso por el modo como están expresados, son: abeterno, ineternum, leġex lator, redemsión y ġurex konxultox.

b) Genuinamente griegos son una docena de vocablos: adoeġto, epikea, atletax, animodar, xenderizix, antiparixtaxex, xafena, xinoka, metaurox, mikro koxmo y, probablemente, labroterax.

c) Una cincuentena debieron ser recogidos del griego a través del latín, entre ellos: Todos los sustantivos terminados en -ía, además de los peculiares:

ipíteto, extío, opyo, kranio, kilo
masc.: patriarka, monarka, poeta; problemox
fantaxma, frazex, mandrágora; kimerax, króníkax

Todos los adjetivos terminados en -iko, y los específicos:

eroyko, auxtera
ipókritax, hedyotax, mártirex, atinensix

Los nombres relacionados con la geografía y la astrofísica:

bazix, diámetro, klima, orizonte, sentro,
iklipse, planetax, polo

d) De orígenes varios pueden señalarse dos vocablos con antecedente germánico (dardo, brigax), y uno de cada procedencia distinta: francés antiguo (ligonger), provenzal (galyardo), portugués (gosa), árabe (ikgarsiax) y arcaico castellano (trasa).

e) Entre los escasos nombres propios que el léxico contiene, figura el del filósofo Euxtrasio -cuya mención, por cierto, no hemos encontrado en las obras de referencia-; los signos zodiacales Kánser y Kaprikorno; los de tres libros bíblicos, Ekliziastex, Lamentasionex y Pexalterio; el Perierminax aristotélico; y el Xento lokio, de Claudio Tolomeo.

Las particularidades señaladas avalan la personalidad literaria y científica de Moisés Almosnino, como reflejo del contenido de las dos obras que motivaron su selección léxica, demostrando que el dialecto judeoespañol disponía de recursos y capacidad para acceder a la cultura universal con méritos propios.

6. Síntesis ortográfica.

ACCIDENTES

	<u>singular</u>	<u>plural</u>
masc.	ל־	שׁל־
fem.	ה־	שׂה־

VOCAL TEMÁTICA

1ª conj.	רֶל־
2ª conj.	רִל־

DIPTONGOS

	<u>inicial</u>	<u>medial</u>	<u>final</u>	<u>plural</u>
Crec. ant.				
/ia/	-	יאַ	יאַה	יאַש
/ie/	-	יאַי, יאֵי	-	-
/io/	-	יאֵי, יאִי, יאֵו	-	-
Crec. post.				
/ua/	-	יאַ	יאַה	יאַש
/ue/	-	יאַי	-	-
/uo/	-	יאֵו	-	-
Decrec. ant.				
/ai/	יאַי	יאַי	-	-
/ei/	-	יאַי	-	-
/oi/	יאֵו	יאֵו	-	-
Decrec. Post.				
/au/	יאֵו (יאַ-אֵו)	יאֵו (יאַ-אֵו)	-	-
/eu/	-	יאַי	-	-
/ou/	-	יאֵו	-	-
Homógenos				
/iu/	-	יאַי (יאַ-יאַי)	-	-
/ui/	-	יאַי	-	-

DERIVACIONES

	<u>singular</u>	<u>plural</u>
De nombres:		
/ión, syón/	יאֵו, יאֵו	יאֵוֹן
/dad	דאד	דאדִיש
/ía/, i' a/	יאַה	יאַש
/ansia/	יאַנסיאַ	יאַנסיאַש
/ensia/	יאַנסיאַ	יאַנסיאַש
/ansa/	יאַנסאַ	יאַנסאַש
/mento/	מֵנטוּ	מֵנטוּש

De adjetivos:

Una term.

/able/	אָבֵלִי	אָבֵלִישׁ
/ible/	יָבֵלִי	יָבֵלִישׁ
/nte/	נָטִי	נָטִישׁ

Dos term.

/ozo/	וֹזוֹ	וֹזוֹשׁ
/oza/	וֹזָה	וֹזָאשׁ
/iko/	יְקוֹ	יְקוֹשׁ
/ika/	יְקָה	יְקָאשׁ
/ibo/	יְבוֹ	יְבוֹשׁ
/iba/	יְבָה	יְבָאשׁ

7. Reconstrucción del Vocabulario.

Con el fin de que las precedentes observaciones y referencias puedan ser contrastadas por quienes se acerquen al judeoespañol escrito y a las obras de Moisés Almosnino con el laudable propósito de calar en alguna peculiaridad de uno u otro, insertamos a continuación el texto completo del Bē'ūr ha-milḥōt ha-zārōt, y las páginas primera y novena de la edición príncipe del mismo. Como en la ordenación de las fichas y en su lectura era necesario introducir determinadas innovaciones que saltan a la vista, para hacer más fácil su manejo y comprensible su contenido, procede dar una explicación de las mismas.

A) Por razones de tipo didáctico y de equilibrio estético, los tres elementos que constituyen cada ficha han sido dispuestos en sendas columnas, cuyo contenido sería ocioso aclarar si no fuese por alguna de sus particularidades internas:

a) La columna izquierda, axil en la estructura del Vocabulario reconstruido, recoge los vocablos transcritos y alfabetizados a la moderna, sin perjuicio de señalar en determinadas letras el diacrítico equivalente al que figura en el grafema original. Entendemos que este orden facilita la localización rápida de una palabra por quienes deseen comprobar algún dato.

b) En la columna central hacemos confrontar la traducción o significación que tiene en español el vocablo respectivo, señalando su origen idiomático cuando lo consideramos conveniente, para justificar a veces el tratamiento que han recibido en la vocalización primitiva (29).

c) En la columna derecha, aunque pueda interpretarse como pujo erudito pero necesario, reproducimos las palabras con la forma que figuran en el texto genuino, después de rectificadas las leves diferencias que en algunas se observan.

B) El criterio seguido en la reordenación de las entradas motiva una rectificación en el número de las mismas y en los bloques que allí constituían, es decir:

a) Las 515 fichas del texto impreso han quedado reducidas a 509, como consecuencia de omitir las palabras repetidas y de desglosar en algún caso las convenientes.

b) Los quince grupos de vocablos de que consta aquél, acordes con las letras iniciales del alefato, han pasado a ser veinte, de acuerdo con las resultantes de la transliteración a tipos latinos.

C) Sin perjuicio de que representemos los vocablos con las mismas características nominales y verbales que tienen en el original, para destacar así una de sus notas más evidentes, nos hemos permitido introducir en algunas las leves variaciones de puntuación que aconseja su lectura simple o la analogía con otros del mismo texto editados con pauta más uniforme. Como las pequeñas divergencias con la puntuación que leemos en determinadas palabras obedece, según entendemos, a dos motivos diferentes y ostensibles, conviene destacar éstos, sin que afecte ninguno a los méritos del Vocabulario ni de su autor. El discreto leyente que confronte las páginas que incluimos como ilustración, observará vacilaciones en la lectura de vocablos que tienen los mismos sufijos derivativos y en el empleo de las mociones que expresan los accidentes nominales. Insistimos una vez más en que la edición de dichas dos obras ostenta la scriptio plena, pero la problemática para lograr la escritura matizada surgiría en el momento de redactar el Vocabulario. Este pudo estar previsto y, dado su criterio de ordenación, confeccionado desde mucho antes, aunque existen indicios para creer que lo fuese cuando estuvo terminada la edición del Regimiento de la Vida y del Tratado de los Sueños, con precipitación y no pocas vacilaciones al principio, por los siguientes rasgos:

a) De haber sido elaborado con la pausa y atención necesarias, hubiera dispuesto los vocablos de un modo lógicamente más práctico, que su autor no podía desconocer; y se hubiera evitado la repetición de los nueve que aparecen bajo el núcleo de la misma o distinta letra inicial.

b) La pauta para la adjudicación de mociones se fue perfilando sobre la marcha, observándose más perfección y regularidad en las páginas finales. Por ejemplo, en las 51 entradas de la primera se puede observar la presencia

de tres segoles solamente, y ningún qámes en las tres columnas iniciales. Quiere decir que hasta aquél punto parecía convenido emplear pátaḥ en todos los casos de /a/, y seré en todos los de /e/.

c) El segol surge en el noveno vocablo del original (antesedéntex), como adecuado al parecer para sílabas trabadas con cima /e/, y se reitera en egĕrsisio y umorĕx, pero no en situaciones similares de muchos otros vocablos de la misma página.

d) El qámes no aparece hasta la cuarta columna de la plancha de referencia, (epilensiā, endiġixtā), al comprobar el redactor del catálogo la contradicción que suponía omitirle en vocablos y sílabas que le llevan en semejantes situaciones gramaticales hebreas.

e) Como dejamos indicado al tratar del diptongo /io/ (punto 4 D), en dicha página primera se observa el paso del sufijo -syón a -i'ón, normal este último en los restantes vocablos afectados por el mismo tipo de derivación.

f) La gama de sonidos fricativos se reduce a tres, comprendidos en el acrónimo PaGaŚ, que mediante rafé expreso o sobreentendido se convierten en FaGaX.

D) La inmensa dificultad que en el siglo XVI entrañaba la empresa de imprimir textos hebreos con mociones se vería recompensada las más de las veces con resultados inadecuados al esfuerzo puesto a contribución, porque los frágiles puntos vocálicos salían en muchas fichas defectuosos, tracamundanos, corridos o trastrocados, como observamos en invizible, insiatibo, interpetex y osiozidad, por ejemplo, entre los más destacados que inician con álef. Por esta razón, el léxico de Almosnino pagó un tributo discreto a las dificultades de su composición, ofreciendo una serie de omisiones y erratas imputables en gran parte a las imperfecciones técnicas del momento, que hemos procurado superar en las entradas respectivas sin necesidad de llamar la atención en cada una. En general, se reflejan en los siguientes defectos:

a) Aparte el apócope o abreviación de algunos vocablos, impuesta por evitar el paso de una o dos letras a renglón aparte (xefalia), a veces encontramos la falta de álef (dixtraída, en que el hiato está deficientemente expresado), vav inicial (velosidad, por omisión del grafema), y yod medial (meteoro, nítéral, xuprefluo).

b) A causa de alguna deficiencia editorial, se nota la falta, por ejemplo, de qámes final de femeninos singulares (melodía, virtud atraktiba), y del šewá, por haber caído del grupo de mociones correspondientes al mismo vocablo (extrología, inx tante, difunto, prólogo).

c) Son a todas luces superfluas algunas mociones, como segol (religiozox) o šewá (entresisión, xelebérimo).

d) Parecen usadas indebidamente o substituidas

unas por otras, las formadas por el juego de un número de puntos específicamente dispuestos, y aparecen, por ejemplo, híreq en lugar de šeté (prevar); šewá en lugar de šeré (auxtera, efisyente); o, por el contrario, šeré en lugar de šewá (sofisyentex), o híreq en lugar de šewá (insensibilidad, opyo, penetración).

E) Las vacilaciones en el uso de /e-ě/ y de /a-ā/ sobre todo, que hacen crisis en la primera página del Bē ūr; la irregular aplicación del rafé sobre los grafemas de PaGaś; y los defectos de lectura que ofrecen ciertas palabras que ostentan puntos vocálicos desacordes con los que normalmente les corresponden, marcan la pauta para las recificaciones que convenía introducir en el Vocabulario para acomodar su lectura a la intención del autor, que la imprenta trabucó en cierto modo. De ahí que en la reconstrucción de las entradas hayamos seguido la siguiente normativa:

a) En la columna que reproduce los vocablos originales, hemos procurado rectificar en primer lugar las erratas motivadas por falta, sobra o equivocación evidentes en los puntos vocálicos; añadimos o suprimimos el rafé sobre gímel, pé y śin en los vocablos que lo exigen de acuerdo con la pronunciación castellana; y agregamos por último un punto debajo del šeré o una rayita vertical debajo del pátah —o los quitamos cuando proceda—, para indicar que aquella moción es breve o larga, respectivamente, de acuerdo con la pauta que ostentan generalmente otros vocablos con las mismas características morfológicas.

b) En la serie transliterada de la columna izquierda procuramos reflejar los signos diacríticos peculiares, según el texto rectificado en el mismo renglón, es decir, marcando la rayuela sobre los grafemas /ġ/ y /x̄/ (ya queda anotado que representamos /p̄/ siempre con /f/), equivalente al rafé hebreo; y /ā, ě/ sobre las vocales correspondientes, de acuerdo con el precedente hebreo o latino que motivó la inclusión de los signos que presentan.

c) Para ser consecuentes con la lectura que sugieren las palabras originales, añadimos a su transliteración los diacríticos normalizados en español, es decir: crema o diéresis sobre /ī, ū/ iniciales de diptongo cuando éste ha desaparecido gráficamente; y acento sobre /í, ú/ que cierran hiato, aunque no expresemos con signo alguno la presencia del álef preceptivo.

d) Desdeñamos el uso de tilde diacrítica o acento en los vocablos transliterados, para evitar cualquier error de interpretación a lectores no iniciados debidamente en la ortografía de la lengua española; sin embargo, la empleamos en los de la columna central, significativos de la traducción de aquéllos, cuando así lo exige nuestra ortografía.

Conclusión.

Como resultado de nuestras observaciones y a pesar de las deficiencias que se pueden señalar en las páginas originales del Bē'ūr ha-millōt ha-zārōt, debemos convenir que se remonta al año 1564 la existencia del primero y único ensayo de diccionario serio que se ha publicado en ladino puro, cuya brevedad y limitaciones técnicas no empecen su condición de joya lexicológica del judeoespañol escrito. En él, como hemos comprobado, dejó Moisés Almosnino casi matemáticamente fijada una norma para escribir en ladino vocalizado con la máxima precisión ortográfica. Además, aun prescindiendo de su tecnicismo fonológico, se le debe reconocer como artífice y regulador de la escritura del dialecto sin puntos vocálicos, y como iniciador de una literatura de calidad y mérito trascendentes.

Cierto que con el ejemplo de Almosnino y al amparo del halagüeño porvenir que su actuación pública hizo concebir a los correligionarios de su ciudad (30), Salónica se erigió en sede de las inmediatas obras que se publicarían en ladino, conociendo en 1568 la edición de dos muy significativas, probablemente ambas en la imprenta de Yosef Yaabés: Meza de el Alma, traducción resumida del Šulhān 'Ārūk de Yosef Karo (31); y el volumen con la versión bilingüe de Isaías y Jeremías. El trasladador de cada uno de ellos es desconocido, y aun se ignora si fue la misma persona; pero consideramos posible que Almosnino quedase cerca de la penumbra que los rodea, y existiese cierta relación entre su técnica editora y la manifiesta en el tomo de nuestro autor, editado cuatro años antes. Salónica, por cierto, disponía de pautas acreditadas y seguras para desarrollar una grande literatura judeoespañola; pero su esplendor desapareció en seguida, con la crisis del imperio turco y del bienestar de los sefardíes, a raíz de la batalla de Lepanto (1571). El propio Almosnino padeció entonces el ataque de apoplejía que paralizaría, con las fuerzas físicas, su actividad intelectual.

Estos hechos deben constar en la historia del dialecto, pues no en vano el autor de referencia es quizá el único clásico del ladino, que, sin embargo, no tuvo continuadores en la forma ni en el contenido de sus obras. Cuando siglo y medio después la literatura sefardí iniciase su gran rehabilitación, los criterios de Almosnino se consideraron prescritos, a pesar de reconocer la razón que le asistía en su propuesta fonológica, modo de escribir, tendencia culta y fidelidad al lenguaje castellano. Uno de los iniciadores de otra etapa del ladino más duradera, Yaaqob Kullí, muy distante de las pautas señaladas en estas páginas, juzgaría, refiriéndose al Regimiento de la Vida:

"Se trata de una obra ciertamente meritoria, pero con un lenguaje en exceso rebuscado, y su sistema de transliteración distinto del que después se generalizaría. Considero que aquel modo de expresarse en castellano es el correcto y verdadero, pero, como no lo entienden los correligionarios de acá, poco provecho pueden sacar de él. Además, para comprender en todo su alcance los conceptos que escribí, es preciso aplicarse a su estudio con suma atención, teniendo en cuenta que quiso exponer mucha ciencia con pocas palabras. Esta particularidad dificulta sobre manera su comprensión rápida al lector medio de hoy, cuya actividad no le permite dedicar una jornada para comprender una sola idea, porque el encuentro con un estilo y unos vocablos desusados entre ellos les hace penosa su comprensión, unas veces por la transliteración y otras por el sentido que dio a sus palabras, tan selectas, que han de ser meditadas con mucho detenimiento" (32).

En tales extremos reside el mérito de la obra de nuestro autor. Abandonar el camino que él marcase conduciría a la meta escasamente brillante en calidad -no en cantidad de escritos- que el dialecto conocería a partir de mediado el siglo XVIII. Para su comprobación, aquí dejamos constancia de la primera y más clásica fuente para un Diccionario de Autoridades en ladino, que sin duda habrá de ser compuesto algún día, después del paciente trabajo de un amplio equipo de expertos; la interpretación léxica de los vocablos variaría después, pero la razón y la pureza del dialecto escrito estarán siempre en la suerte de Moisés Almosnino.

N O T A S

1. Como en renglones posteriores habrá ocasión para comprender la solución aquí apuntada, nos permitimos omitir toda referencia a las mociones hebreas, a las semivocales utilizadas con valor consonántico propio, y al álef en función de cabeza silábica meramente ortográfica, porque nos apartaría de la línea de atención que trataremos de fijar después.

2. Para el fin que deseamos destacar, sobra con el aspecto señalado en aquellas ediciones, que, por lo demás, reflejaban perfectamente el lenguaje castellano con que sus traductores y editores querían ilustrar a los lectores que hablaban dicha modalidad idiomática.

3. Antes de finalizar aquel siglo, cuando Gedalyá Cordobero decidiera editar un curioso glosario hebreo-ladino de autor anónimo, explicando los vocablos que el sefardí desconocedor del hebreo encontraba en su lectura seguida de la Biblia, informó oportunamente: "Hace tiempo que en Salónica y en Constantinopla se publicó una parte de la Biblia con texto bilingüe, es decir, con la versión en ladino vocalizado junto al original hebreo; pero su precio era muy elevado, e inaccesible para la mayoría de la gente poder adquirir aquellos libros, y mucho menos si deseaba la Biblia completa, que casi no había quien pudiera comprarla" (Hēseq Š^elō-mōⁿ, lit. "codicia de Salomón". Venecia 1588).

4. La elección de uno u otro sonido entre ambas parejas nunca fue motivo de discusión entre los sefardíes, salvo que la homofonía de un vocablo llevase a confundir su lexema y la significación del mismo.

5. Excepto la fe de erratas, incluida en las dos medias páginas finales.

6. En los vocablos que mencionemos como ejemplo de las distintas situaciones que conviene destacar, señalaremos sólo los signos diacríticos imprescindibles, reservando para el texto reconstruido la lectura matizada de todos y cada uno.

7. Debe advertirse que, entre muchos vigentes todavía, Almosnino seleccionó los vocablos que precisaban ciertas aclaraciones, como algún nombre propio y títulos de obras, varios de los léxicos filosófico y astronómico, no pocos abstractos, gran número de adjetivos cultos en su tiempo, etc., concordes con la finalidad que expuso indirectamente en la carta-dedicatoria del Regimiento de la Vida, a su sobrino: "Obtendrás la ventaja de aprender el significado de algunas palabras que, después de comprendidas, si tuvieses que platicar con personas ilustradas que no alcanzan ciertas sutilezas de nuestra santísima lengua, te ha de reportar grande provecho" (f. 13r).

8. Por carecer de las notas que distinguen a este Vocabulario, no tomamos en cuenta al efecto los dos especializados que se conservan en sendos manuscritos de la Biblioteca Universitaria de Jerusalem, uno médico-botánico del siglo XIV, y el calendario de las fiestas cristianas para el XV, identificados por Hiram Perí (cf. Tesoro de los Judíos Sefardíes vol. III, 1960, pp. LXI-LXXI).

9. Exactamente 194 entradas, las cuales; excluidas aġentex y eġtenxo que están repetidas, se convierten en nuestra lista en 55 que comienzan con A, 62 con E, 52 con I, 20 con O y 3 con U, en total 192.

10. Se trata de la única palabra seleccionada que inicia con H, precisamente sin yod después del he segolado. Salvo error por nuestra parte, en el Regimiento de la Vida aparece una vez (f. 105v, 34) con yod y en singular (hedyota); y en el Tratado de los Sueños otra (f. 150r, 19), sin yod y en plural, como fue recogida en el Vocabulario. Nos referiremos nuevamente a ella a propósito de su diptongo.

11. En las obras de referencia, por otro lado, le hemos encontrado en yamáš, yelo (yelado) y yero (yerar).

12. Ante la errata evidente observada en ciertos vocablos, que ofrecen en el original pe con tilde o sin ella en situaciones divergentes (pésimo, prexpektiba; maknipisensia, metapízikox; y el doble error de replekto, advertido en la fe de erratas), hemos procurado rectificarlos en la reconstrucción del vocabulario sin prestar al hecho mayor atención. Por lo tanto, en los casos que proceda, optamos por representar siempre el signo /p̄/ por nuestra /f/, para evitar al lector cualquier distracción o pérdida del tiempo que emplease en descifrarlos.

13. La presencia de estos ejemplos con el šîn equivalente a /x/ española, nos ha aconsejado colocar rayuela sobre algunos otros que carecen de rafé en el grafema genuino, por error de nuestra interpretación o de errata simple, y que deberían llevarle de acuerdo con la pronunciación castellana, sin especificar la casuística de cada uno: miġtox, eġplikar, etc.

14. Sobre otra no editada aún con la dignidad que merece, escrita con posterioridad, vid. nuestra Aproximación a las "Crónicas Otomanas" de Moisés Almosnino, publicada en La Rassegna Mensile di Israel vol. XLIX, nº 9-12 (Torino-Roma 1983), pp. 668-696; y el más matizado artículo en Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos vol. XXXIII 2º (Granada 1984), pp. 75-104.

15. El hebreo bíblico admite que en el cuerpo de un vocablo lleguen a concurrir hasta tres consonantes seguidas, de las cuales llevan šewá (quiescente) la primera y (móvil) la segunda. Como en castellano hay palabras en cuyo interior se encuentran más de tres consonantes entre dos cimas vocálicas, Almosnino optó en el Vocabulario por señalar solamente las dos primeras en monxtro -utilizada en el Regimiento f. 37v-; al citar la misma palabra en otro lugar, escribió moxtro (id. f. 65r).

16. Con las letras que colocamos debajo de las subrayadas queremos significar: a) šewá móvil; b) šewá quiescente; c) ausencia de šewá y de signo alguno.

17. Al pluralizar el femenino, consecuente con la ley de la cronometría silábica, el qamés se abrevia en pátaġ y el he es substituido por el šîn distintivo, con las excepciones apuntadas en la vocal anterior.

18. La aparente diéresis de los diptongos /ie/, /ei/ y /eu/, que se plantea en los casos que el ladino coloca álef entre ambas vocales,

convierte indirectamente a la /e/ del primero en cima de sílaba acéfala, y en cima de sílaba libre a las otras dos, presentándolas largas en todos los casos, como después comprobaremos.

19. No obstante la norma general, el manuscrito de las Crónicas Otomanas conservado en la Biblioteca Ambrosiana ofrece la única muestra que hemos encontrado en textos sefardíes de vav precedido de qibbûs, en el vocablo Abu Su'ud ((cf. nuestro artículo Las "Crónicas Otomanas" de Moisés Almosnino, en el número anterior de esta Miscelánea, nota 29).

20. Aunque ostentan la estructura aparente de diptongos de este tipo, no incluimos como ejemplos a tri'ángulo y patri'arka, porque se trata de compuestos enlazados precisamente por las vocales del hiato, que Almosnino distinguía no alargando la /a/.

21. En cuanto al hiato /aí/ medial de palabra, está solucionado -como observaremos en el diptongo /au/- utilizando un solo álef en función simultánea de quiescente después de qâmes y cabeza de la sílaba siguiente: dixtrâ'fda. Curiosamente, para subsanar esta especie de sinéresis, algunos escritores posteriores solucionarían la situación mediante yeísmo o lleísmo, que no es momento de considerar ahora con más detenimiento.

22. El vocablo pro'ibido está interpretado con su correcta lectura de hiato, es decir, con álef intermedio normal en estas situaciones del ladino.

23. Por el contrario, incurre en sinéresis al interpretar como diptongos de esta clase a ciertos adjetivos femeninos que terminan con hiato real: aki'ã, xefali'ã.

24. Queda excluido de esta particularidad el vocablo Peri'erminax, porque es realmente un compuesto helénico castellanizado.

25. Ejemplo de alternativa para expresar este diptongo nos ofrece un adjetivo concreto, con las dos lecturas: rasi'onai y endivido rasyonal. Por otra parte, la solución netamente hebraica -que se impondrá después en ladino-, se observa en dos palabras de remoto origen griego, admitidas en hebreo con el mismo significado y recogidas con una forma castellanizada en cierto modo: opyo (heb. ôpyôn) y hedyotax (heb. hedyô'tîm).

26. Independientemente de los ejemplos expuestos, encontramos sinéresis en algunos nombres y adjetivos expresados según una de las dos soluciones apuntadas: kranio, edonio; expontanyo, eronya.

27. En los textos del Regimiento de la Vida y el Tratado de los Sueños se sorprenden ejemplos contradictorios, que no eran extraños para sus lectores, como flosedad, junto a nesidad, piadad, propiadad, y otras excepciones más sorprendentes: altivedad, deregedad, kontralyedad (kontraridad) y sertenedad.

28. Para la sinopsis sobre etimologías, hemos tomado como referencia el dictamen de la Real Academia, reflejado en la edición oficial del Diccionario de la Lengua Española.

29. Se observará que la gran mayoría de los términos no precisan explicación para un hispanohablante contemporáneo. Sin embargo, debemos advertir que las dos obras de Almosnino tantas veces citadas contienen unos ocho centenares de vocablos más que en el léxico español están considerados como arcaicos, anticuados, provincianos o simplemente desconocidos, y dignos, por lo mismo, de un estudio independiente; con la particularidad de que, aparte de encontrar entre ellos poquísimos hebreos, ninguno es de clara procedencia turca, griega ni de idiomas modernos.

30. Nos referimos a la complicada gestión personal que realizó en la capital turca durante los años 1566 y 1567, cuyo proceso, con otras informaciones de singular valor histórico, dejó relatado en las Crónicas Otomanas.

31. Su portada contiene la justificación del dialecto escrito que se trataba de normalizar, diciendo: "Libro titulado en hebreo Šulhán ha-pānīm y en ladino Meza del Alma... Fue escrito en ladino, sin omitir ninguna letra y con puntos, para que todos puedan leer sin dificultad en él".

32. Meam Loez, el gran comentario bíblico sefardí: Prolegómenos (Gredos, Madrid 1964), fragmento de la Haqdamáh transliterada por nosotros, pp. 147-148.